

¿Es posible una crítica postmodernista?

Jaime Paulino Cuenca¹

Resumen: La lectura de la postmodernidad de Lyotard aborda la crisis funcional del saber desde un fondo fuertemente marxista: el saber tiende a volverse exterior al respecto del "sabiente" en la medida que las tecnologías de la información se vuelven centrales en las relaciones productivas, lo que tiene como efecto la plena introducción del saber en el proceso de *valorización* del capital. La forma particular en la que la narración postmodernista ha captado este fenómeno, para volverlo explicativo del sentido común de nuestra época, bien merece ser reexaminada. En las siguientes páginas se ofrece una interpretación de algunas de las dificultades que atraviesan el paradigma postmodernista de crítica de la realidad, esto es, de su capacidad para presentarse como *ontología de la actualidad*.

Palabras clave: Lyotard, condición postmoderna, sociedad postindustrial, saber, valor.

Abstract: Lyotard's reading of post-modernity deals with functional crisis of knowledge from a strong marxist basis: knowledge turns external to the "connoisseur" to the extent that information technologies become central in productive relationships, the effect of which is the complete introduction of knowledge in the process of capital valorization. The particular way in which post-modernist narration grasps this phenomena, to transform it to an explanation of our time common sense, deserves to be reappraised. On the following pages an interpretation of some of the difficulties that affect the post-modernist paradigm of critique of reality, namely, its ability to appear as an ontology of present, is offered.

Keywords: Lyotard, post-modern condition, post-industrial society, knowledge, value.

«Una gran capacidad discriminadora»,² este era el único requisito que Lyotard se exigía para dar sentido crítico a su concepción de la postmodernidad. ¿A qué hace referencia? Frente a un argumento amplio y ambiguo que pretendería abordar el *cambio de estatuto del saber* como un todo, arrastrado por las transformaciones que afectarían por igual a la sociedad, en su pasaje a la edad postindustrial, y a la cultura, en su pasaje a la edad propiamente postmoderna,³ el sentido del «saber postmoderno»⁴ al que se refiere Lyotard se encuentra exclusivamente vinculado a una definición cultural, dando sentido restringido a la noción de *condición postmoderna del saber* y, por extensión, a la *condición postmoderna del sujeto* que se derivaría naturalmente del fracaso normativo del *saber moderno*.

Esto lleva a una posición particular y probablemente incómoda para la corriente crítica tradicional de orientación marxiana: que la posibilidad de la crítica pasaría por volver autónomo el análisis de la *cultura* del análisis de la *sociedad*. Entiendo

¹Universidad de Valencia.

²J. F. Lyotard, *La condición postmoderna*, pág. 21.

³*Ibid.*, p. 13.

⁴*Ibid.*, p. 35.

que, por encima de otros elementos, es esta decisión metodológica la reveladora del espacio de debate y del tipo de discurso que ha podido construir la posición postmodernista. En lo que sigue intentaré explicar su razón ser, señalando al tiempo alguna de sus mayores dificultades.

1. ANÁLISIS POSTMODERNISTA Y ANÁLISIS POST-INDUSTRIAL

El concepto sociedad postindustrial, como aparece originalmente en Touraine (1969) y en Bell (1973), funciona como modelo explicativo de una transformación general de la actividad económica, narrando su pasaje desde la producción de bienes a la producción de servicios. Pasaje que revelaría la centralidad de la industria tecnológica como resultado de la importancia creciente del desarrollo científico en el escenario de la producción (de forma remotamente semejante a lo que Marx ya había sugerido bajo la categoría de *General Intellect*) y que, complementariamente, señalaría la tendencia a una nueva estratificación social en la que una incipiente élite vinculada a la esfera tecnológica se volvería ilustrativa de nuevo criterio de legitimidad en clave de eficiencia (en claro antagonismo al viejo y pesado centralismo burocrático). De tal manera, las formas de organización social, y en particular las relaciones laborales, se codificarían cada vez más en los términos de innovación cualitativa y menos en los de la acumulación cuantitativa, lo que señala una importancia mayor de las facultades cognitivas inscritas en el plano de la diferenciación. O como indica Mattelart, el hecho de que «la nueva sociedad ya no se caracteriza por la labor theory of value sino por ¡la *knowledge theory of value!*».⁵

Estos cambios tienen un doble efecto para la teoría: de una parte permiten profundizar en la caracterización tecnocrática de las sociedades avanzadas sobre las que se desarrolló el industrialismo de los modelos socialista y capitalista. Pero, inversamente, difuminan la concepción del conflicto social característico de aquel modelo fundado en la valorización del trabajo, poniendo en riesgo la vigencia del pacto social que se desarrolló tras la Segunda Guerra Mundial (y su necesaria estrategia de legitimación).

Este es, tal vez, el lugar privilegiado para notar los efectos de la discontinuidad de los *grandes relatos* que anuncia el paradigma postmodernista: la superación del marco general de la producción como lugar adecuado para la descripción de la acumulación capitalista, en los términos de la teoría del valor-trabajo, deja vacía de contenido la articulación de la crítica materialista tradicional bajo la forma de la *alienación*. Cuando el valor deja de ser producto del trabajo, a medida que la sociedad deviene tecnológica y la “producción” se orienta a los servicios, el proceso de valorización deja de poder identificar al proceso de explotación como abstracción y cuantificación simple de las facultades del hombre que tan vivamente había ilustrado el relato marxista. De tal forma, el propio concepto de valor pierde su “valor de uso” para una teoría de la emancipación, pues ya no puede señalar el lugar concreto en el que el capital ejerce la violencia sobre el sujeto. Dicho de otra forma, el desarrollo de las características postindustriales está en camino de hacer ininteligible el análisis de la es-

⁵ A. Mattelart, *Historia de la sociedad de la información*, p. 85.

estructura socioeconómica como escenario fundamental para la formulación de la crítica.

Sobre ese terreno de vacío descriptivo pueden leerse las distintas perspectivas sobre la nueva organización social. De un lado, la lectura optimista que ofrece Daniel Bell (que presenta abiertamente como *prognosis inspiradora de una nueva utopía*) sugiere la tendencia a la configuración de un mundo cuya realidad, por efecto de la propia tecnología informativa y comunicativa, deja de ser técnica, como antes había dejado de ser natural, para ser plenamente social.⁶ En este mundo el terreno de interacción se plantea como relación de conciencia inmediata, fundamentalmente dialógica, que haría posible una utopía igualmente no mediada. Las condiciones económicas y tecnológicas habilitarían la resolución de los conflictos en un sistema crecientemente deliberativo.

Touraine, por su parte, hacía gala de una impresión más pesimista. A la hora de señalar el tipo de dinámica social que cabe esperar de la sociedad postindustrial insiste fundamentalmente en su condición de sociedad programada.⁷ Dada la capacidad de anticipación que le supone, y lejos del atisbo utópico de Bell, la instalación en el plano comunicativo como escenario de la dinámica social refleja la irrupción de nuevas formas de dominio que, sin embargo, escapan a la identificación de los mecanismos críticos tradicionales. El juego conceptual que permite el diagnóstico de una sociedad postindustrial, en tanto que descompone el carácter revelador del conflicto del “valor”, dispone las interacciones posibles dentro de los mecanismos de reproducción social, pero no encuentra lugar fuera de ellos para su exposición crítica. En ese sentido la lógica de la *alienación* se mantiene, pero cada vez es menos vinculada al resultado de la acumulación, y por tanto de la extracción de plusvalor, y cada vez más a la necesidad de ordenación y prevención del *disenso* en un espacio social indistinto, simétricamente político y económico. Y frente al *disenso*, el *consenso* aparece no como el resultado de la deliberación racional y emancipatoria sino como el resultado de las estrategias de poder para la reducción de la conflictividad social. En este sentido, Touraine habla de una estructura de *participación dependiente* que entiende su efecto coercitivo desde formas de integración fundadas en la seducción y la manipulación⁸ y, en última instancia, en la instauración del miedo a quedar *desconectado* (en clara contraposición al moderno recurso disciplinario en términos de castigo y la violencia).

¿A qué situación aboca este análisis? Una vez desbordado el marco que definía la relación capital-trabajo, el conflicto social pasa a inscribirse en el lugar del todo social en el que se produce la auto-valorización del capital –que es ahora el lugar de la valorización del saber y de las facultades cognitivas en su conjunto– de tal forma que la relación de producción industrial se vuelve crecientemente indistinguible de las formas de ordenación cultural. Pero con eso, al mismo tiempo, se elimina la capacidad discriminadora del *valor* como *saber*, como elemento constructor de *conciencia*, que permite analizar críticamente el proceso. Inversamente a la posición de Bell, lo que se deduce de esta lectura es la inmediatez del conflicto en el ámbito de la producción del saber, aun cuando dejan de existir las herramientas que permiten narrarlo. Precisa-

⁶ D. Bell, *El advenimiento de la sociedad post-industrial*, p. 563.

⁷ A. Touraine *The post-industrial society*, p. 3.

⁸ *Ibid.*, p. 9.

mente por ello el conflicto es, probablemente, mucho menos *polémico* (como la promesa épica de la resolución colectiva y de su narración histórica) y mucho más *agónico* (en el sentido trágico del sufrimiento privado que solo se vuelve común de forma vicaria).

Hay que recalcar en este punto, pese a su aparente obviedad, que el concepto *postindustrial* pretende tener el alcance clásico de un análisis del estado de la sociedad, y como tal describe, para bien o para mal, una secuencia histórica, esto es, una relación diacrónica en la que lo que lo analizado es concebible como causalidad y consecuencia al respecto de aquello que lo antecede. Así, cuando Lyotard fuerza la distinción entre cultura y sociedad que el análisis postindustrial está en camino de deshacer completamente, está exigiendo la construcción de un territorio conceptual en el que *alguna expresión del conflicto* pueda enunciarse tras la disolución operativa del valor, y ante un despliegue sistémico que encuentra su mejor funcionalidad en la generación de consensos. Que esta es, al menos en parte, la intención de Lyotard se sugiere en el mismo hecho de presentar su estrategia analítica como análisis *complementario* al carácter general, y podría decirse que *modernamente* totalizante, de la conceptualización postindustrial. Porque, de tal forma, lo postindustrial estaría representando el ejemplo último de la incapacidad moderna para reflejar satisfactoriamente una tensión polémica que diese legitimidad y crédito contemporáneo al deseo de libertad y *justicia*.⁹ Es la constatación del fracaso, si quiere leerse a la manera nietzscheana, de la puesta del *concepto* al servicio de la emancipación. Así, y esta seguramente sea su característica más fundamental, la transición que señala el postmodernismo se instala fuera del escenario clásico de representación del objeto y de la temporalidad que explica sus variaciones. La alternativa en la que la postmodernidad aparece en relación a la modernidad, de manera completamente diferente a como lo postindustrial sucede a lo industrial, no se contempla como una relación de *consecuencia*, de superación histórica de lo moderno, sino como el desarrollo de una alternativa que en cierta forma antecede y sucede simultáneamente a la modernidad: no es su otro histórico sino su otro metafísico. No es posible en ella, por tanto, el relato diacrónico, validado en función de los elementos externos sobre los que especula, no es en sentido estricto un *diagnóstico*, sino un nuevo escenario de proposición. De esta manera el postmodernismo demanda ser leído no como la consecuencia cultural de la transformación postindustrial, sino como la alternativa a la ordenación normativa de la razón moderna que se abre completamente con la ocasión postindustrial de dibujar su fracaso.

2. EVITAR LA RECUPERACIÓN SISTÉMICA

La concepción de lo postindustrial estaría abocando a la teoría social al lugar más indeseable por la tradición emancipatoria: a la concepción de la sociedad como un *todo funcional*. Esta idea, cuya versión más desarrollada pertenece a la *Systemtheorie* de Luhmann, describe a la sociedad como una estructura meta-estable en la que las alteraciones en su equilibrio suponen una crisis de funcionamiento que tiende a ser compensada. La disidencia, la novedad o la expectativa de transformación social son solo

⁹J. F. Lyotard, *La condición postmoderna*, p. 118.

ruido interior, reconducible a un estado de equilibrio ulterior. De la misma forma las esperanzas y necesidades de individuos y grupos constituyen componentes adjuntos del funcionamiento del sistema como tal.¹⁰ En este sentido, el saber refleja un determinado rango de ordenación de los flujos sistémicos, pero por su naturaleza está siempre integrado en la dinámica sistémica y no puede abrirse hueco fuera de ella.

La alternativa postmodernista pretende reconducir la posibilidad de un objeto no “recuperable” sistémicamente, aunque alejándose de la idea tradicional de un saber autónomo (que habría caracterizado la alternativa propiamente moderna a la noción de sistema). Puede decirse que donde el marxismo cultural ensayaba su crítica contra las nuevas formas de alienación, traduciendo al ámbito cultural los conceptos del ámbito productivo, el postmodernismo se orienta a definir el terreno para una práctica de la diferenciación. Definir la posibilidad de esa práctica exige establecer la estructura de legitimación en el que pueda realizarse: así, si la perspectiva moderna se valía del debate entre el carácter central bien del sistema bien de la conciencia (y la consiguiente articulación de las formas de saber), el lugar que define la condición postmoderna de la cultura plantea su alternativa al análisis *sistemo-céntrico* poniendo la atención principal en la capacidad transformadora de una acción creativa radicalmente diferenciadora, un nuevo escenario en el que construir una práctica de la emancipación que no se pliegue al juego temporal de la *fabulación moderna* desde la que la crítica se vuelve inoperante.¹¹

Pero es interesante notar que, en este punto, la distancia entre los modelos modernista y postmodernista parece bastante aliviada: romper con la lógica totalizadora del sistema define un espacio de problematización compartido. De hecho, la apuesta por la legitimación por *paralogía* que caracteriza al saber postmoderno desde su separación cultural, conforma, en definitiva, una versión simulada de aquella fórmula “dual”, de separación entre conciencia y sociedad, que caracterizaba el discurso crítico moderno: el objetivo sería el mismo, enfrentar un análisis en clave de *sociedad* postindustrial, en el que el saber es arrastrado completamente por la dinámica sistémica, desde una *cultura* postmoderna centrada en la generación de diferencias.

Probablemente Lyotard tenía esto en mente cuando aseguraba que «el postmodernismo no es el fin del modernismo sino su estado naciente, y este estado es constante»,¹² lo que presenta el estado de la modernidad menos desde el descreimiento derivado de la desacralización del relato del saber y más desde la constante voluntad de libertad que parece que le es propia. Con ello, el acto creativo, que se vincula con la experiencia de la libertad, se revela de forma directa en la crisis de la alta cultura de la que se hereda el concepto: desde depositaria de la esperanza y la memoria a agitadora emotiva y generadora de lo otro. O, si quiere leerse desde esta ilustración grosera, como la transición del modelo que tomaba como ultimidad la gestación de la “gran novela”, hacia la proliferación de la *performance* como ejercicio propio del arte contemporáneo.

¹⁰ *Ibid.*, p. 30.

¹¹ «A diferencia de los mitos, estos relatos no buscan la referida legitimidad en un acto originario fundacional, sino en un futuro que se ha de producir, es decir, en una Idea a realizar. Esta Idea (de libertad, de “luz”, de socialismo, etc.) posee un valor legitimante porque es universal. Como tal, orienta todas las realidades humanas, da a la modernidad su modo característico: el proyecto.» (J. F. Lyotard, *La postmodernidad (explicada a los niños)*, p. 30)

¹² *Ibid.*, p. 23.

3. LA POSIBILIDAD DE UNA CRÍTICA POSTMODERNISTA

Con lo anterior podríamos reformular a Lyotard: «la postmodernidad no es el fin de la modernidad sino la forma de representar el ideal de emancipación moderno fuera de la estructura totalitaria de la razón científico-técnica». Pero de esta manera estaríamos aproximando demasiado la postura postmodernista a una versión particular del proyecto de la modernidad, la que representa la melancolía compleja de la *Dialéctica de la ilustración*.

¿Es legítima esta reinterpretación? El propio Lyotard, serenando su radicalismo expresivo original, parece responder afirmativamente: «la postmodernidad no es una nueva época, sino la reescritura de algunos rasgos reivindicados por la modernidad, y en primer lugar de su pretensión de fundar su legitimidad en el proyecto de emancipación de toda la humanidad a través de la ciencia y de la técnica».¹³ Con ello, ofrece una gradación conceptual que desplaza el peso del problema de la modernidad desde la formulación del *proyecto de emancipación*, y el riesgo posible en que el acento caiga en el segundo término, hacia su concreción emancipadora en el desarrollo tecno-científico. En ese sentido el problema moderno no es el proyecto sobre el que se construyen los grandes relatos, sino el fondo racional-técnico del que el proyecto es solo su forma lingüística.

Pero esto coloca a Lyotard en un lugar poco original, de hecho en uno de los lugares más concurridos del descredito de la modernidad del siglo XX: el de la fobia a las consecuencias del desarrollo tecnológico¹⁴ y sus efectos sobre la creación autónoma. El programa postmodernista es transparente en este punto, ¿cómo sustraerse al escenario tecnológico total que representa lo postindustrial, que parece poner en riesgo de muerte la posibilidad de la imaginación libre? Y Lyotard se refiere a ello, y no es sorprendente, desde un concepto terapéutico, desde la figura freudiana de la *perlaboración*, ¿cómo sustraerla, se pregunta, a *la ley del concepto, del reconocimiento y de la predicción*? Pero no es la pregunta, de motivación heredada, sino la extraña pureza que empuja su respuesta, tan contundente como inefectiva, la que entraña la novedad del discurso postmodernista: resistirse a la escritura de esta «supuesta postmodernidad»,¹⁵ resistirse a construir un diagnóstico que, sometido a su mismo esquema de articulación, corra el riesgo de ser absorbido en las entrañas del sistema. La postmodernidad aparece, entonces, como el estado de la modernidad en el que la reflexión sobre la actualidad bascula definitivamente desde el escepticismo melancólico al pirronismo operativo.

Es en este punto cuando la propuesta postmodernista manifiesta una insuficiencia palmaria para constituirse como crítica: levanta acta de defunción de la condición normativa de los relatos modernos (y por tanto de su función legitimadora de prácticas fundamentalmente opresivas) pero a cambio solo ofrece una motivación general tan ambigua como vacía: un dilema lógico-metafísico entre identidad y dife-

¹³ J. F. Lyotard, Reescribir la modernidad, en *Lo inhumano: charlas sobre el tiempo*, p. 42.

¹⁴ «En el caso de los bits ya no se trata de formas libres dadas aquí y ahora a la sensibilidad y la imaginación. Al contrario, son unidades de información concebidas por la ingeniería de la computadora y definibles en todos los niveles de lenguaje: lexical, sintáctico, retórico y los demás.» (*Ibid.*, p. 43)

¹⁵ *Ibid.*, p. 43.

rencia. Desde su perspectiva, los efectos del poder no se sienten en el cuerpo (Foucault) ni contribuyen a la formación de una fenomenología de la vida (Vaneigem) o del trabajo (Marx). La dominación, la integración sistémica, aparece solo como amenaza a la diversidad de los juegos de lenguaje y a su autonomía para producir y sostener sus propios relatos. Así, como resultado de una radicalización del descreimiento (en su vertiente inmunitaria) presenta una renuncia a formular la crítica derivada del análisis de cualquier estado concreto a partir del cual las relaciones de dominación o las expectativas de emancipación puedan volverse reconocibles y sostener la articulación de alguna forma de subjetividad política (por más que sea provisional y producto de su propia circunstancia).

De hecho, como resultado de la desintegración de la síntesis histórica de la temporalidad, el postmodernismo se instala en un proceso de *virtualización* que haría sonrojar al mismo Bergson: según lo ilustra Lyotard, la comprensión postmodernista solo es posible mediante la referencia paradójica al «futuro anterior»,¹⁶ colocando la instancia creativa, descolgada de cualquier diagnóstico específico, como el elemento central desde el que proyectar alguna forma de captación de los mecanismos de ordenación de los que pretende desprenderse. En ello sostiene el desarrollo de un conocimiento que solo cristaliza en la propia transgresión, justamente cuando, como actividad creadora está ya en camino de producir nuevas ordenaciones, nuevas obras cerradas sobre sí mismas. Tal descripción, que sin duda parece una sugerencia válida para establecer la dinámica entre conocimiento y creación en el escenario de la libertad propia del mundo del arte, resulta alarmantemente frívola para describir la estructura de interacción social y el género de violencias que la componen (podría preguntarse si la tentativa crítica del postmodernismo tiene alguna capacidad para denunciar el malestar que padecen los que no producen diversidad discursiva). Así, a los ojos del postmodernista, la perspectiva de legitimación por paralogía es suficiente para la identificación del poder, pero solo porque estaría incluyendo *en potencia* cualquier escenificación de la transgresión y, *en potencia* también, esta habría sido ya realizada.

Pero esto lleva a una insuficiencia mayor: si bien el postmodernismo totaliza la crítica del análisis social en términos culturales sobre las ruinas del análisis del proceso de *valorización* que identificaba la explotación en el trabajo, su renuncia a afirmar alguna instancia concreta alternativa desde la que proyectarse difumina la captación del propio funcionamiento del sistema al que se quiere sustraer. Descartado un diagnóstico que tome como origen cualquier construcción racional-subjetiva y meta-narrativa, el único lugar posible para la contemplación del funcionamiento del sistema solo puede ser la forma lógica de la diferencia y la creatividad potencial que le es propia, y dicho funcionamiento del sistema, por oposición intuitiva, solo puede representarse como el proceso *terrorista* de reducción de la complejidad que caracteriza el principio operativo de la *Systemtheorie*. Esto, por lo pronto, supone una lectura incompleta Luhmann: en primer lugar, porque impide distinguir el carácter formal del sistema de su concreción material e histórica; en segundo lugar, porque ignora que para el alemán la diferencia y la creatividad tiene un papel fundamental para en la mentada tendencia a la reducción de complejidad, como proceso de diferenciación

¹⁶J. F. Lyotard, *La postmodernidad (explicada a los niños)*, p. 25.

que permite al sistema concebirse a sí mismo distinguiéndose del entorno y como la *autopoiesis* de la que emana enteramente su capacidad para mantenerse a través de sus variaciones. Esta vaga concepción de su adversario hace perder de vista lo realmente clarificador al respecto del papel de la diferencia en el discurso crítico: que solo puede cumplir su función emancipadora desde una disposición específica en relación al mecanismo de integración del sistema al que se opone, es decir, si está situada previamente en una relación conflictiva, pero no como descriptor primario de dicha relación.¹⁷

Y aquí los problemas de inteligibilidad de la propuesta emancipatoria post-modernista señalan, de manera especial, su rechazo programático a componer un diagnóstico: cuando el sistema se describe en su máximo nivel de abstracción (además de neutralizar paradójicamente la pluralidad narrativa que pudiera demarcarlo de otra manera) se renuncia a considerar las funciones particulares que permiten entender sus estadios concretos y, consecuentemente, a entender la dinámica de continuidad y discontinuidad de los elementos y las formas de relación que lo conforman. La incapacidad de identificación sistémica se traduce, por tanto, en una incapacidad algo distinta, tal vez más básica, la de pensar la forma de una secuencia temporal que pueda indicar alguna dirección de las transformaciones sociales, pero no hacia la *Historia* o cualquier otra teleología que podamos imputar al proyecto moderno, sino en relación a un momento anterior de manera que no se bloquee la intuición más simple: la de hacer el inventario de las ausencias y poder enunciar las novedades. La incapacidad de enunciación crítica de este proceso en el *descreimiento* postmodernista conduce a la situación, cuanto menos irónica, por la que los espacios locales están privados de cualquier herramienta para captar las formas comunes de aquello que les afecta globalmente, resultando que la celebración de la localidad no solo no substituye sino que de hecho oculta la valorización del saber y sus concreciones opresivas.

Como dice Harvey: «el postmodernismo nos induce a aceptar las reificaciones y demarcaciones, y en realidad celebra la actividad de enmascaramiento y ocultamiento de todos los fetichismos de localidad, lugar o agrupación social, mientras rechaza la clase de meta-teoría que puede explicar los procesos económico-políticos (flujos monetarios, divisiones internacionales del trabajo, mercados financieros, etc.) que son cada vez más universalizantes por la profundidad, intensidad, alcance y poder que tienen sobre la vida cotidiana».¹⁸ En ello la paradoja postmodernista puede volverse contra sí misma: parece que la concepción de la localidad del espacio postmodernista no es realmente local porque no es concreta, y no es concreta, precisamente, porque rechaza postular el tipo de meta-teoría, aunque provisional, que la haga explicativa, es decir, porque sus condiciones de aparición son las de no *formar parte de y estar ya emancipada*.

El problema sobre si el postmodernismo puede convertirse en una crítica debe, seguramente, remontarse al problema de si puede presentar ante sí los límites del

¹⁷ A modo de ilustración, ese sería el caso de Foucault, para quien la dirección política de la diferencia es metodológicamente posterior al señalamiento de los efectos de las relaciones de poder.

¹⁸ D. Harvey, *La condición de la postmodernidad*, p. 132.

objeto al que critica, y es probable que esté constitutivamente incapacitado para ello por la radicalidad discriminadora que supone su punto de partida.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICAS

- Bell, D. (2001). *El advenimiento de la sociedad post-industrial*. Madrid: Alianza.
- Harvey, D. (1998). *La condición de la postmodernidad*. Buenos Aires: Amorrurto.
- Liotard, J. F. (2008). *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.
- (1987). *La postmodernidad (explicada a los niños)*. Barcelona: Gedisa.
- (1998). Reescribir la modernidad, en *Lo inhumano: charlas sobre el tiempo*. Buenos Aires: Manantial.
- Mattelart, A. (2002). *Historia de la sociedad de la información*. Barcelona: Paidós.
- Touraine, A. (1971). *The post-industrial society*. New York: Random House.